

Michel Maffesoli*

Juventud: el tiempo de las tribus y el sentido nómada de la existencia*

Resumen

El eje esencial, desde mi punto de vista, de nuestro instrumento analítico: el individuo. Es banal decirlo así, pero es una banalidad sobre la cual es necesario regresar, porque es sobre ella en la cual descansa el artificio que está en proceso de establecerse: entre eso que digo, eso que vivo y eso que pienso.

Abstract

The central theme in our analytical instrument, from my standpoint, is the individual. This seems like a banality, but it is a banality we should go back to, since it is the very foundation of the contrivance in the process of setting up: between what I say, what I experiment, and what I think.

* Director del Centro de Estudios sobre lo Actual y lo Cotidiano de la Universidad de la Sorbona.

** Este texto es la versión estenográfica de la conferencia que impartió el 22 de enero de 2003, en el marco del Seminario Internacional "Jóvenes del siglo XXI: sociedad de la información y nuevas identidades", SEP, IMJ, UNAM, ITESO, Colef, Ciudad de México. Traducción: Mtra. Juana Juárez; revisión y depuración de texto: Dr. Alejandro Monsiváis y Lic. Hugo César Moreno Hernández, a quienes agradecemos su valiosa colaboración.

Agradezco su invitación y espero que la exposición que voy a presentar contribuya al debate en este seminario, el cual me parece particularmente importante y, como intentaré mostrarlo, de gran valor prospectivo. Hay muchos debates académicos, los conocemos bien, que al final resultan debates de escuela. Creo que en un debate sobre juventud no se trata necesariamente de eso. Hace un momento escuché en la introducción, un término empleado para decir que se trata de un debate crucial. Si tomamos literalmente esta palabra, en efecto, nos encontramos a mitad de un crucero. Hay un entre-cruce de esquemas y, desde este punto de vista, se nos lanza un reto desde las jóvenes generaciones, dicho simplemente, representa lo que constituye ya, desde mi punto de vista, eso que serán nuestras sociedades.

En todo caso, cuando hay un debate que se presenta como esencial, es necesario apartarse, tomar distancia, ponerlo en perspectiva. Por mi parte, tomaré aquí esa distancia y adoptaré tal perspectiva. Ustedes lo saben, esta puesta en perspectiva la hago reuniendo los resultados de los distintos trabajos realizados en el Centro de Investigación que dirijo en la Sorbona: el Centro de Estudios sobre lo Actual y lo Cotidiano, que desde hace 20 años se interroga sobre las grandes tendencias juveniles. Es necesario precisar que este trabajo lo hacemos no sólo en el caso de un país de la vieja Europa como Francia, sino que contamos también con un equipo de investigadores en Tokio, Japón y otro en Río de Janeiro, Brasil. Es a partir de la recolección y análisis de los resultados de dichas investigaciones, que formulare algunas proposiciones teóricas.

Dije que hay sujetos de estudio que requieren que uno se aparte, tome distancia, pienso aquí, en aquello que fue una gran revolución de las formas del pensamiento y los modos de ser: la revolución surrealista. Una de las grandes aportaciones de André Bréton, fue mostrar la necesidad de practicar lo que él llamó “una distancia absoluta” y, dentro de esa distancia absoluta, decía él, eso que inducía en el fondo a una revolución epistemológica, muestra la importancia de vincular el sueño y la realidad. La reversibilidad, dicho de otro modo, de lo real y lo irreal.

Creo que es importante insistir sobre la cuestión de la reversibilidad, si uno quiere entender verdaderamente lo que son las tendencias esenciales. Entonces, por mi parte, y será ésta, mi primera proposición, desde hace mucho tiempo, y desde una perspectiva que puede parecer más un punto de vista filosófico, considero que es necesario tomar una distancia absoluta con respecto al prejuicio ontológico de nuestra tradición cultural. Cuando se dice prejuicio ontológico igualmente se podría decir que se trata de un prejuicio teológico. Después de Aristóteles y San Agustín (a fin de cuentas ideas simples y banales que es necesario recordar) todo lo que hacemos y pensamos después de dos mil años, lo hacemos a partir de la noción del Ser. Una concepción en el fondo de la sustancia, de una cosa estable. Es ese substancialismo filosófico, teológico, psicológico, sociológico, nuestra herramienta analítica más importante, aún cuando uno no sea necesariamente consciente de ello. Es este substancialismo, el cual se encuentra en la base del universalismo, que no es otro que el universalismo

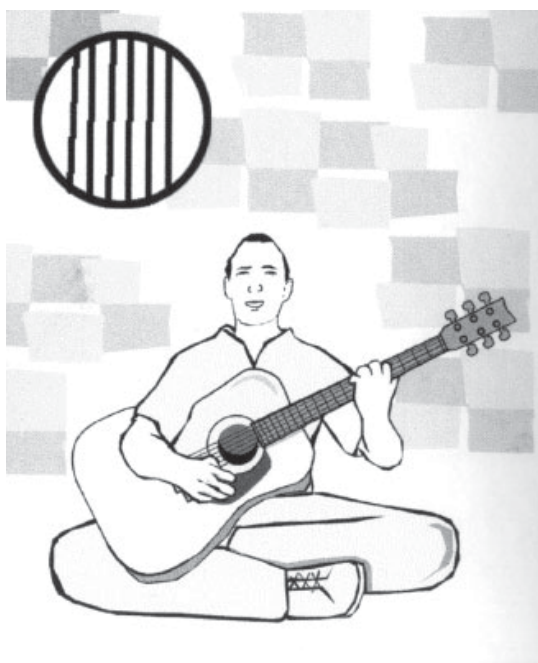
judeocristiano, es decir, el universalismo occidental. He aquí mi tesis, este substancialismo, por diversas razones, que intentaré describir, y dicho de manera simple: no funciona más. O, en estricto sentido, ya no es pertinente; es en realidad impertinente.

Sin ánimo de lanzar aquí una provocación teórica, no podemos pensar la posmodernidad si no somos capaces de proponer un esquema que debería ser pos-teológico. Es decir, que guarde distancia, que esté atento a la saturación del esquema occidental y que esté revestido por una sensibilidad que yo llamaría, metafóricamente, "oriental". Es necesario decir que para mí ese Oriente, no es un Oriente localizable geográficamente, se trata de un Oriente mítico.

Dicho claramente, me parece que las jóvenes generaciones y las prácticas juveniles a las cuales nos vemos confrontados, en el fondo se re-orientan en todos los sentidos del término. "Ellos se reorientan", rechazando, tomando distancia de eso que fue el esquema de occidentalización, con una dificultad real, claro está, en ese proceso de reorientación. Dificultad que es propia de los analistas, propia del número de prácticas políticas o sociales, lo cual indica un artificio entre lo instituido (nuestras instituciones en el sentido amplio del término) y lo instituyente, es decir, eso que llega, lo que empuja. Hay una distancia, y lo digo de una manera un tanto irónica, entre los propietarios de la sociedad, de la cual formamos parte, esos que tienen el poder de decir y hacer, y entre aquellos que viven esta sociedad. Este es un artificio del cual conviene, evidentemente, tomar conciencia.

Ahora, a fin de recordar algunos elementos propios de mi formación teórica, y antes de abordar lo esencial de nuestro sujeto como una referencia precisa a lo que acabo de señalar, me parece importante si uno quiere pensar en la contemporaneidad, pensar en lo que es y no, eso que uno quisiera que fuera, lo que debería ser.

En la idea del deber ser, ustedes reconocen claramente la posición weberiana sobre la lógica del deber ser, la cual hace que uno considere eso que se observa únicamente a través de cuadros analíticos que pertenecen a un orden formal de lo imperativo, lo normativo y lo legal. En este sentido, lo lamento, pero no conozco el debate en México, sin embargo, en lo que concierne a Europa, veo el extraordinario moralismo pregonado, sobre el deber ser. Este moralismo, no es el del poder público, claro que ellos son moralistas, pero para mí el moralismo es el de la *inteligentzia*, que tiene un esquema sobre lo que debe ser la sociedad, revolucionaria, conformista, reformista, poco importa; es a todas luces, único. Los artículos de periódico, las obras del conocimiento, los



artículos científicos son muy frecuentemente un Niágara de buenos sentimientos. Y uno tiene la impresión de sumergirse en ese Niágara de la indiferencia, que quieren y hablan de eso que ellos quieren, pero sólo son analistas de la edificación.

En cada época ha habido este tipo de libros de edificación, me parece que contemporáneamente podemos observarlo también, puede ser porque estamos en una época que termina, y puede ser también porque quienes están en el poder son un pueblo de viejos, y bien me parece entonces que la edificación es, en cierto sentido, lo esencialmente contemporáneo. Lo dije bien, el periodismo, la política y también los universitarios hacen eso, mientras que en el fondo, la *inteligentzia*, que es la nuestra, (dije inteligencia, no me gustan los conceptos pero me gusta hacer referencia a la epistemología), la *inteligentzia* de lo social es la capacidad de saber ligar las cosas, las cosas diferentes, incluidas las que pueden no gustarnos. Digo entonces que la inteligencia no puede realizarse sin coraje, sin valor; el valor es una cualidad que hace falta a todas luces a los observadores sociales. La vida es riesgosa, por ello el pensamiento merece arriesgarse. Por otro lado, es necesario tener el valor de ir a contracorriente de lo teóricamente correcto, y no creo que eso ocurra solamente en París. Es necesario entender que remar a contracorriente de lo considerado teóricamente correcto, significa comúnmente estar en el centro mismo de la corriente.

Lo formulé, casi como un slogan, apoyándome en un concepto de Durkheim: eso que la observación banal nos hace ver cómo lo anómico de hoy, se convierte en lo canónico del mañana. Es entonces importante identificar eso que hoy es anómico, eso que está fuera de la ley, más allá de la ley, o por debajo de ella. Porque eso anómico que aparece en numerosos dominios: música, pintura, pensamiento y vida corriente, constituye el canon de lo que vivimos. Así, ser atentos observadores a lo que hoy es anómico es lo que llamo tener valor. Me parece que se trata de un valor intelectual necesario para acercarnos a nuestro objeto en este seminario: la juventud.

Para dar un ejemplo específico, en el cual insisto siempre y debo confesar que cada vez me parece más importante, es necesario destacar el carácter de matriz que tiene el imaginario. En Francia, se tienen muchas dificultades para mostrar la importancia del imaginario en su dimensión matricial. Lo que quiere decir: que fuera de eso o fuera de aquello que corresponde a los aspectos puramente racionales de lo social, existe siempre un mito a partir del cual una época se



constituye. Ese es en el fondo el imaginario, nuestra especie animal tiene siempre necesidad de decirse, de contarse. Decirse para vivir, hay aquí una articulación muy estrecha, en el fondo, cuando refiero “el aspecto matricial del imaginario”, para mostrar que esa cosa irreal, nebulosa, como el ambiente o la atmósfera, que uno podría describirlo de diversas maneras, es necesaria si se quiere comprender toda una serie de fenómenos y prácticas sin tener que contabilizarlas, sin tener que numerarlas. O bien, más que la contabilización, el hecho de realizar estadísticas no es suficiente, sin que de inicio, uno comprenda el imaginario. Digámoslo simplemente, así como cada uno de nosotros tiene necesidad para existir de contarse una historia, igual que un amor para serlo tiene necesidad de decir ese amor, igual que un país tiene necesidad de decir también eso que él es; bien, una época también tiene necesidad de decir lo que ella es, en el fondo se trata de eso. El corazón está aquí, en esta primera proposición: y es que finalmente, y esto es también la fuerza de las cosas, esto es un proceso de entropía. Encontramos, continuamente, que un mito tiene una tendencia a sobrevivir a él mismo, tiene una tendencia a sobrevivir al momento, tiene una tendencia a sobrevivir a la energía que le ha dado nacimiento, entonces se institucionaliza.

En el fondo, las instituciones no son más que la lava fría, es una cosa que estuvo caliente, una cosa que seguramente traducía una efervescencia societal. Esta es la dura ley de las cosas humanas que hace, que incluso el amor, se convierta en institución, que incluso el

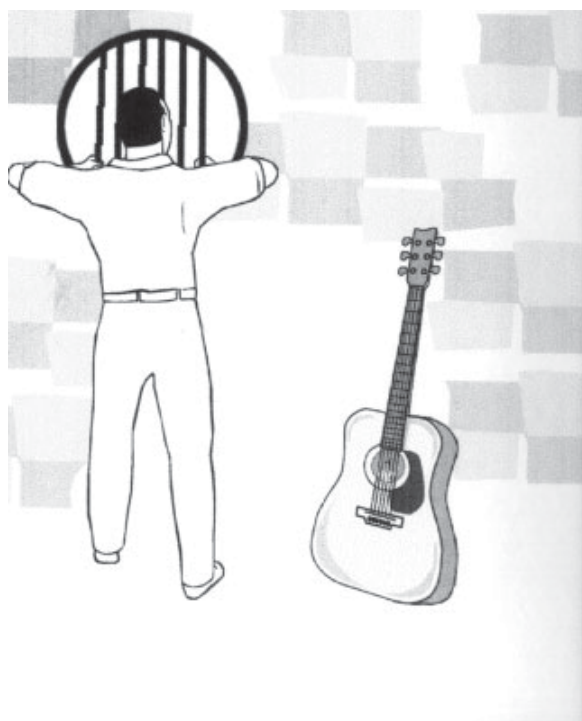
amor se convierta en obligación conyugal. Entonces, no hay lugar para sorprenderse por el hecho de que otros mitos también se vuelvan rígidos y se transformen en algo que se encierra en sí mismo. Ahora bien, cuando eso ocurre, el mito ya no tiene una función atractiva, ellos no atraen más, incluso si conservan una función que yo llamaría de remanencia. La remanencia en física es cuando un imán no tiene ya una fuerza de atracción y, sin embargo, continúa, atrayendo limaduras del hierro. Me parece que es una cuestión de este orden la que está en juego. El mito moderno no tiene ya una fuerza que lo haga atractivo aún cuando continúe teniendo una especie de remanencia. Al mismo tiempo, es necesario recordar la importancia de identificar el mito en gestación, que puede convertirse en un mito atractivo. Hay muchas palabras para decir esto, les recuerdo, ustedes lo saben, en los análisis de Michel Foucault el *epistème* no es otra cosa; en el análisis de Thomas Kuhn el paradigma no es otra cosa. Se pueden encontrar diversas expresiones de esto.



Finalmente, encontré algo muy interesante en un autor raro, Paracelso del siglo XVI. Alguien a contracorriente en su tiempo. Él muestra la necesidad de comprender lo que llama “la monarquía de una época”. Sin duda, el término “monarquía” no hace aquí referencia a su connotación política. En su sentido epistemológico, monarquía es lo que podría ser la organización a partir de un principio. O el gobierno a partir de un principio. De una manera más sociológica, que resulta muy interesante, George Simmel dice algo semejante cuando hace referencia a eso que él llamaba “el rey clandestino de una época”. Esta noción de rey clandestino buscaba mostrar que más allá de eso que parece regir u orientar una época existe una fuerza, existe algo que se evidencia como central, con mucha más fuerza y poder. De modo que todo el trabajo de desciframiento propio de los intelectuales, consiste en identificar eso que se constituye como una monarquía, a ese rey clandestino, o incluso, diciéndolo como lo haría Simmel, identificar el “estilo”, ¿cuál es el estilo? Cuando Simmel habla de estilo, toma la expresión de Marx, quien identificó muy claramente “el estilo del siglo XIX”, en particular, cuando pone el acento sobre el estilo económico del análisis marxista.

En el fondo y en dos tiempos intentaré, en primer lugar, hablar sobre cuál es la monarquía moderna, el rey clandestino o el estilo actual, y en un segundo momento, sobre cuál podría ser (y no cuál debería ser) la monarquía moderna que actualmente se encuentra en gestación. Dicho muy rápidamente, considero que uno comprende bien la modernidad cuando se ha comprendido la cifra “uno”, la expresión para indicar la homogeneidad de la palabra. Mencionar la cifra “uno”, la cifra de la modernidad, es hacer referencia a su aspecto, digámoslo, esotérico. La cifra de la modernidad, es lo que antes denominé substancialismo. Dicho de otro modo, el eje central de toda nuestra comprensión y de toda nuestra acción sobre la sociedad va a ser el individuo.

La invención del individuo, cualquiera que sea y de cualquier manera que realicemos nuestros análisis, me parece que todas nuestras epistemologías, todas nuestras metodologías se basan en el fondo en esta misma identidad, esa es la cifra “uno”. La identidad sexual, identidad profesional, identidad ideológica, no lo olvidemos, la gran idea de la filosofía de las luces, tal como Jacques Rousseau lo definió en su libro *Emilio*, es la idea de autonomía, la autonomía individual. Y en su sentido epistemológico, el término autonomía es, autónomos: “yo sigo mi propia ley”. Se tiene aquí una especie, lo digo así, de invención del individuo o de invención de la



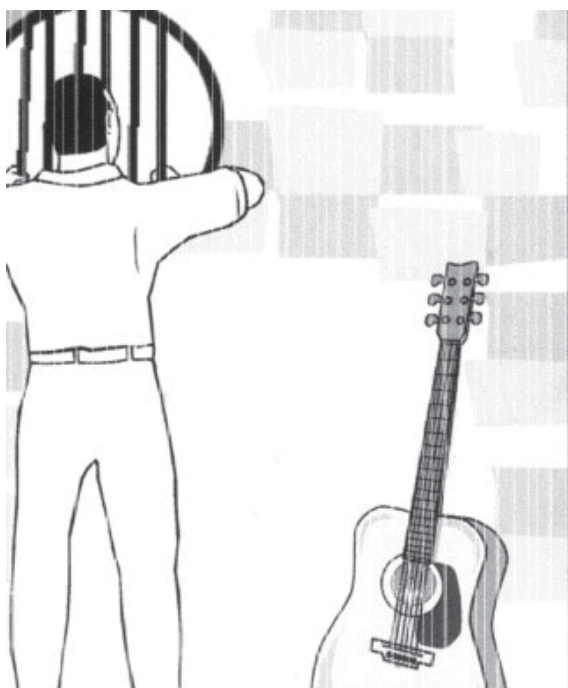
autonomía, aquí está el eje a partir del cual vamos a pensar el contrato social y la sociedad. Vayamos más lejos aun: desde donde vamos a pensar lo social. El término mismo de "social", en el fondo, no es otra cosa que la suma de los individuos autónomos, la suma de individuos que tienen una identidad. Insisto sobre esta noción de identidad, que nos lleva a la idea de la *maîtresse de soi*.

La idea de tener el dominio de uno mismo, es una gran idea y, en todo caso, es una excepción cultural. Esta es una excepción occidental, es la base misma de la concepción económica de la palabra. Aprender a economizar, convertirse en maestro de uno mismo, aprender a economizar el mundo, esto es lo que me parece la invención del individuo. Insisto una vez más, no conozco cuáles son los debates intelectuales que ustedes tienen, pero los debates que tengo con mis colegas franceses o europeos giran exactamente sobre esto: la imposibilidad que existe para dejar atrás el concepto de individuo.

En el fondo, todos nuestros modelos de análisis y nuestros métodos descansan esencialmente sobre el principio de la individuación. Sobre el hecho de que es a partir de este principio que uno va a contar las cosas y a pensar lo social. Por otro lado, para mí, ustedes lo saben, descansa en el concepto hegeliano de la conciencia de sí. Esta "conciencia de sí", significa que yo soy consciente de mí mismo. En efecto, la base de un proceso educativo adecuado, la realización de una educación exitosa se da cuando el pequeño bárbaro, o el pequeño animal obtiene la conciencia de sí mismo y él puede entonces realizar un contrato con otros individuos conscientes de sí mismos para así construir la sociedad, es éste el individuo racional.

Esta racionalidad, de la cual habla la escuela de Frankfurt, se convirtió, según yo, en una racionalidad instrumentalizada. Esta racionalidad instrumental es la que encontramos en todas las instituciones. Y las instituciones, ya habíamos dicho algo de esto hace un momento, no son más que cristalizaciones de estos individuos, insisto, racionales. Los cuales van a compartir sus razones con otros, en el contexto, evidentemente, de dicha instrumentalización, tal como lo he explicado. He aquí el eje esencial, desde mi punto de vista, de nuestro instrumento analítico: el individuo. Es banal decirlo así. Pero es una banalidad sobre la cual es necesario regresar, porque me parece que es sobre ella en la cual descansa el artificio que está en proceso de establecerse: entre eso que digo, eso que vivo y eso que pienso.

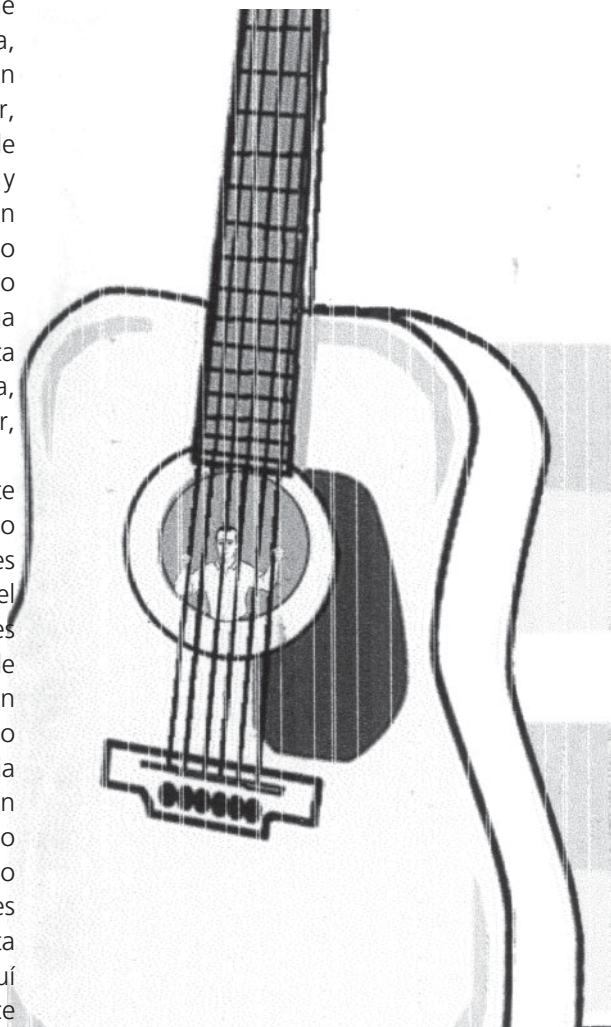
Las cosas se piensan a partir de ese individuo maestro de sí, mientras que el



problema real se encuentra en otro lado. Era este mi primer punto en este imaginario moderno. El segundo punto: es necesario tener en el espíritu, esa especie de concepción que hace que lo que uno piensa, o eso que uno es, no tiene razón de ser más que en función de eso que viene. Y aquí, tenemos otra trivialidad que, sin embargo, es necesario no olvidar, una excepción cultural, excepción para mí occidental o judeocristiana: la idea de futuro (de porvenir). La cual se minimiza frente a la gran idea de proyecto, "proyecto de vida", "proyecto institucional", "proyecto político", "proyecto económico", y así, tenemos derivaciones al infinito de esta idea de proyecto.

¿Qué es el proyecto? *Projectum*: yo lanzo un objetivo hacia adelante, hacia el futuro y por táctica y estrategia voy a ajustar mis medios a ese objetivo. Tenemos aquí la base de la educación. Resumiendo, una cosa que es uno, la identidad, una cosa que gira en torno a la víspera. Me parece que hay aquí dentro, muy exactamente, la denegación de la juventud. Y de hecho, esta tradición judeocristiana no es otra cosa que una larga denegación de ese infante eterno. Porque, claro está, el joven no es substancial, él no es una sustancia, el joven (lo escuché hace un rato con el orador que me precedió) no es más que una etapa, inacabada, imperfecta, que es necesario, en estricto sentido, educar. *Educare*, significa sacar, sacar de la barbarie hacia la civilización, sacar de la animalidad hacia la humanidad. En breve, y siendo un poco irónico, toda esta tradición consiste en sanar al "ser joven", es necesario sanar al ser joven, y es necesario sanar del hecho de ser joven. El modelo, si retomo aquí una expresión de Durkheim, la figura emblemática moderna, es en el fondo una figura prometeica, yo diría la figura del individuo activo, productor, reproductor y racional.

Tenemos aquí una figura verdaderamente emblemática, que existe se quiera o no, sea uno o no consciente. Es en este sentido que uno es atraído, y toda la estructuración social, en el fondo, todos nuestros procesos educacionales consisten en denegar a esa juventud a fin de lograr eso que es la consumación, la conclusión de dicha etapa. En el fondo, es esto mismo, lo que constituye la base de la tendencia pedagógica, tomemos el término pedagogía en un sentido simple, existe un imaginario pedagógico y es el imaginario occidental. Dentro de una perspectiva como ésta, la cual es necesario evaluar, hay una saturación en esta sensibilidad pedagógica, y no quiero aquí formular una provocación inútil, pero me parece



lógico que ella no corresponde más a su esencia; que una cosa gire en sentido contrario, para mí hay una consecuencia lógica y evidente entre pedagogía y pedofilia. La pedofilia, no es otra cosa que el resultado lógico de esa función de inculcar, enseñar, de llenar el vacío, de sacar y de considerar que en el joven no hay más que algo inacabado, algo imperfecto, algo vacío que se debe llenar.

Hay en gestación, retomo el concepto utilizado antes, otra monarquía, un estilo diferente. Este nuevo estilo corresponde al individuo, ese es el fundamento de mi libro, *El tiempo de las tribus*:¹ a la heterogenización correspondería la pluralización de la persona. Propongo un espacio que diferencie al individuo que no se divide, indivisible, que lo diferencie de la persona que en su sentido epistemológico, es una sucesión de máscaras.

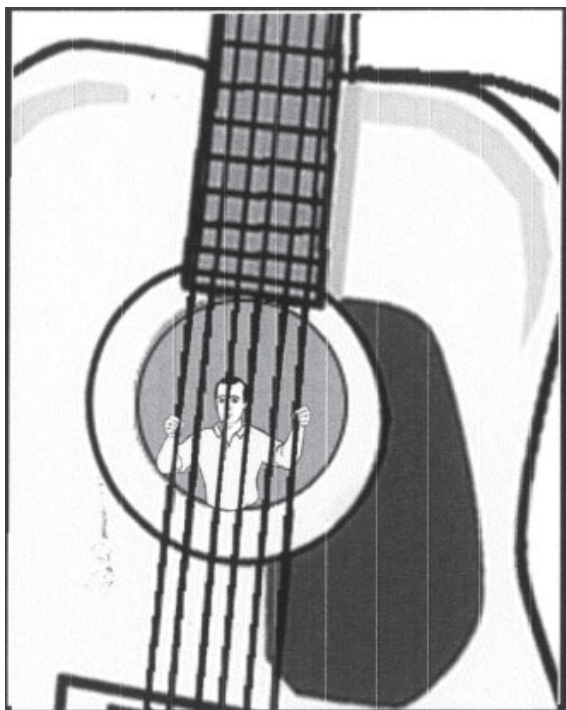
En efecto, en un artículo enviado para un libro publicado en la Ciudad de México,² doy cuenta de modo detallado de eso que llamo las identificaciones múltiples en oposición a la identidad estable. Entonces, la identidad es propia del substancialismo, mientras que las identificaciones múltiples refieren el hecho, sin esquizofrenia, de que uno puede vivirse a través de una multiplicidad de máscaras que uno tiene a su disposición, sin que haya nada esquizoide, sin que haya nada de patológico.

En un instante hablaré de la temporalidad en la cual esto se apoya, pero primero la hipótesis. Lo que es para mí la tendencia, decía que el individuo no era más que la expresión de la matriz de *soi*, les recuerdo que ésta es una fórmula cartesiana, el hombre maestro y poseedor de la naturaleza. El hombre maestro de sí y poseedor de la naturaleza. Entonces, en tanto el hombre cumple con esta función, Dios le da el

edén a cultivar, y uno ha visto lo que él ha hecho. En tanto, el espíritu del tiempo, esto es lo que propongo, es un tiempo de desposesión de sí (la no posesión de sí), o vayamos un poco antes, una cosa que hace que seamos poseídos por los otros y que hace que uno sea poseído por los objetos. Aquí tenemos una inversión de la polaridad, ahí donde uno poseía al otro, el mundo objetivo, el objeto que puedo manipular, que puedo dominar (habíamos hablado antes de una lógica de la dominación). Entonces, no más esta lógica de dominación, a través de esa idea de manipulación de los otros y del mundo.

¹ Michel Maffesoli, *El tiempo de las tribus: el declive del individualismo en las sociedades de masas*, Icaria, Barcelona, 1990.

² Michel Maffesoli, "Tribalismo posmoderno. De la identidad a las identificaciones", en Aquiles Chihu Amparán (coord.), *Sociología de la identidad*, Miguel Ángel Porrúa-UAM, Iztapalapa, México, 2002, pp. 223-249.



Aquí, al contrario, se propone el regreso a la desposesión, o de la posesión. Desposesión de sí o posesión, que significaría aquí reconocerse poseído por los otros, por el mundo, uno está poseído por los objetos. Esto es lo plural de la *psique*. Juguemos con la palabra. *Psique*, sabemos a qué hace referencia en la mitología, pero de manera más trivial, más familiar, *psique* es justamente una mariposa, una mariposa que tiene por función rebelarse y volar, que se rebela en grupo.

Cuando hablo en plural de *psique*, es para enfatizar dos grandes características que me parecen están en juego en las prácticas juveniles contemporáneas: el nomadismo. Creo que el tema del nomadismo es uno de los temas más importantes; de hecho escribí un libro sobre el nomadismo,³ el cual es, exactamente, la continuación de mi libro sobre el tribalismo. Ahí intenté mostrar que lo propio de ese nomadismo es la sublevación, es el salir de sí, es, en el fondo, poner el acento en todos los aspectos lúdicos, en los aspectos festivos, en un hedonismo latente, un corporeísmo exacerbado; se podrían dar gran cantidad de ejemplos de ese corporeísmo exacerbado. Desde este punto de vista, el exceso, la función de la imagen, en un mundo en gestación como es el de las jóvenes generaciones, es muy interesante en el ámbito metodológico.

En resumen, digámoslo claramente, es necesario tener el valor de afrontar todas estas cosas que son desde mi punto de vista, indicios claros y fuertes del regreso de un sentimiento trágico de la existencia.

En la concepción dramática del mundo, que fue la concepción moderna, el drama es un proceso evolutivo, es también un proceso resolutorio, uno resuelve aquí los problemas. El drama es dialéctico, hay una tesis, una antítesis y una síntesis. Abreviando, no existe más esa referencia evolutiva que lograba sobrepasar las cosas, los problemas, y sí hay un sentimiento trágico de la existencia, es decir, una cosa que es el propósito mismo del hedonismo, y que consiste, a diferencia del drama, lo digo de una manera que me es familiar en francés, *a faire avec*, hacer con, ajustarse, componer con los otros y con el mundo.

El drama, no busca la solución y nuestra construcción del espíritu busca siempre la solución, la resolución. Nuestra construcción del espíritu es siempre dialéctica, y es que uno siempre tiene problemas para imaginar una construcción individual o social que descanse sobre la tensión, que descanse sobre la no-resolución. Desde mi punto de vista, eso que es propio del juego, propio de lo lúdico, lo que es propio de lo festivo, es que no sabe rebasar a la muerte, el juego se ocupa de homeopatizar a la muerte. Existen dentro de numerosas prácticas juveniles contemporáneas algo que consiste en homeopatizar a la muerte. Lo llamo la parte del diablo, un diablo que no es negado más y sí un diablo que es vivido como tal. Un mal que no es superado, un mal que de algún modo forma parte de la estructura individual y de la estructura colectiva. Esta es la primera característica. Hace un rato

Lo propio de ese nomadismo es la sublevación, es el salir de sí, es, en el fondo, poner el acento en todos los aspectos lúdicos, en los aspectos festivos, en un hedonismo latente, un corporeísmo exacerbado

³ Michel Maffesoli, *El nomadismo. Vagabundeos iniciáticos*, FCE, Breviarios, México, 2004 [1997].

La expresión más pertinente para dar cuenta de este tiempo, esa es: el sentimiento de pertenencia. Es decir, no más la conciencia de sí, no más la identidad cerrada y encerrada en sí misma, sexual, ideológica y profesionalmente. El término que me parece más adecuado aquí es el de heteronimia

hablé de identidad, aquí de nomadismo, vivirse en rebelión. La segunda característica es la institución estable. Lo que llamo metafóricamente, la tribu, el tiempo de las tribus.

Pero, cuál es la expresión más pertinente para dar cuenta de este tiempo, esa es: el sentimiento de pertenencia. Es decir, no más la conciencia de sí, no más la identidad cerrada y encerrada en sí misma, sexual, ideológica y profesionalmente. El término que me parece más adecuado aquí es el de heteronimia. No más: “yo sigo mi propia ley”, y sí: “mi ley es otro quien me la da, quien me la indica”, esto es heteronimia. Esto no es otra cosa que la ley de la imitación de Gabriel Tarde, mimetismo contemporáneo, del cual se puede pensar lo que se quiera, es la gran paradoja de la moda, tal como Simmel lo ha mostrado. Paradoja que hace que yo tomé una prenda particular buscando distinguirme de los demás. Y esa prenda termine convertida en un objeto que todo el mundo usa.

Esta paradoja se encuentra en la base del mimetismo contemporáneo, en particular en las jóvenes generaciones. En ese sentido, hablo de una viscosidad societal, el clima es viscoso, uno se adhiere al otro. He aquí un esquema diferente que es necesario evaluar, los filósofos de la época medieval se lo preguntaron ya, ellos reflexionaban sobre *la colle du monde* (“la adherencia del mundo”). Si me hago comprender bien, eso que constituye la adherencia del mundo, es lo que está a lo lejos, es el proyecto, el ideal. En otro momento, tal adherencia del mundo es más próxima, es eso que yo vivo aquí con otros.

¿Ven ustedes a donde quiero llegar?, a algo que no ponga el acento sobre el proyecto, sobre lo lejano y sí sobre el presente, uno puede declinar de diversas maneras este acento sobre el presente. Aquí es necesario decir, que este es un gran paso, es esencial y que tiene por única función permitir de alguna manera compartir las emociones.

Hay un neologismo, que seguramente ustedes utilizan también en español, que propone Max Weber: el de lo emocional. En la última parte de *Economía y sociedad*,⁴ se trata justamente de los sentimientos que una comunidad comparte, como son las emociones deportivas, las emociones musicales, las emociones religiosas, uno podría, finalmente, hacer referencia a una infinidad de emociones. ¿Entienden lo que quiero decir? No sirve de nada estigmatizarlas, no sirve de nada moralizar sobre esto, hay que tomar nota, ya que esto es lo que está en la base de la estructura juvenil, y que se constituye en una ética de la estética, en oposición a la moral de la política.

La moral es general, por ello está lejos, la ética de la estética es el cimiento, se trata de un cimiento construido a partir de la estética, experimentar emociones, es lo sensible, es la intensidad. Algo que en el fondo, retomo una palabra que ya escuché esta mañana, cualquier cosa que hace del lujo, el elemento más importante de nuestra sociedad. No se trata aquí del lujo, a la manera en que Sartre hizo

⁴ Max Weber, *Economía y sociedad: esbozo de sociología comprensiva*, FCE, México, 1984 [1944].

referencia a él, como resultado de su uso en años, más bien el lujo como algo que es transversal. Recuerdo aquí la etimología de lujo *luxus*, en latín, es eso que está más allá de la funcionalidad, por ejemplo, no sé como traducir esto en español, una pierna "luxada" es una pierna con la que no se puede caminar más. El lujo, aquí lo interesante, es una cosa que está más allá de la funcionalidad; en mi perspectiva, la ética de la estética de las prácticas juveniles es lujosa en este sentido, ellas rebasan cualquier sentido de la funcionalidad. Iré más lejos, considero que no estamos inscritos más en una sociedad del consumismo y sí en una sociedad de consumación.



**Lo que caracteriza
ahora al mundo es
gastar, el despilfarro
de los afectos, de
emociones, el
desperdicio de los
objetos y,
finalmente, de las
capacidades
financieras, aun
cuando esto pueda
parecer paradójico,
éstas no tienen sino
muy poca
importancia**

La consumación por oposición a la simple acción de consumir es eso que han encontrado los etnólogos en diversas culturas, donde no es más lo económico lo que predomina, no es más la economía de sí, ni la economía del mundo; lo que caracteriza ahora al mundo es gastar, el despilfarro de los afectos, el despilfarro de emociones, el despilfarro, el desperdicio de los objetos y, finalmente, de las capacidades financieras, aun cuando esto pueda parecer paradójico, éstas no tienen sino muy poca importancia. Si hay un imaginario del gasto, del despilfarro, del lujo, de eso que yo llamo el consumismo, entonces siempre se encuentra el medio para desperdiciar. Se encuentra siempre lo que es necesario quemar, porque lo propio de la consumación es el hecho de quemar los afectos, quemar los objetos. Lo cual nos introduce, me acerco al final de mi exposición, a lo que sería otra cosa que la simple cultura. Pienso que existe en las prácticas juveniles algo que da cuenta de un cierto salvajismo del mundo. Un salvajismo que se mantiene lejos o fuera de la vida.

En consecuencia, la figura emblemática no sería a la que referí hace un rato, la del adulto serio, racional, productor y reproductor y sí la figura de dionización, la figura de Dionisio, la figura del niño eterno, una figura que está adherida a la tradición occidental y que se encuentra presente en diversas tradiciones orientales. No puedo dar muchos ejemplos aquí, pero desde mi punto de vista, está en proceso de regresar a nuestra sociedad de una manera incontrolable. Creo que en el fondo, ese nomadismo y ese tribalismo no son más que expresiones del mito del infante eterno, de ese Dionisio como un infante eterno, los que participan en el reencantamiento del mundo.

Para aquellos a quienes atrae el éxito de *Harry Potter*, *la Guerra de las Galaxias*, o el *Señor de los Anillos*, podríamos encontrar más ejemplos, creó que éstas no son más que expresiones paroxísticas y bastante superficiales de ese reencantamiento del mundo. Dicho claramente, ocurren fuera y más allá de la voluntad de diversas instituciones. Tenemos, y aquí una pista importante, que refiere el nombre de este seminario, que dicho reencantamiento del mundo encuentra una gran ayuda en el desarrollo tecnológico, tenemos aquí una verdadera paradoja: en todo lo que acabo de decir hay algo que refiere a un regreso de lo arcaico, el comienzo, la infancia. Pero esto arcaico es ayudado por el desarrollo tecnológico, el internet, los foros de discusión, que en cierto modo son foros culturales que constituyen la sinergia entre lo arcaico y el desarrollo tecnológico. El interés central de dicha sinergia es que, justamente, la horizontalidad de internet escapa a la verticalidad del poder, escapa a la verticalidad de las instituciones. La horizontalidad de internet favorece a las tribus, a los nómadas, esta horizontalidad favorece, evidentemente, a lo que en el fondo no es más lo universal, no es más lo substancial del modo definido hace un momento, pero sí algo que da cuenta del policulturalismo o, dicho a la manera weberiana, del politeísmo. Yendo más lejos, del relativismo, que puede ser intelectualmente, no hay que temer, el relativismo intelectual, en el sentido que lo hace Simmel; no

se refiere aquí a la incapacidad de saber, sino el ser capaces de relacionar a las cosas y a la gente, así como el relativizar a las cosas y a la gente, no más un sólo valor: el hombre y, sí, el plural de la *psique*, el plural del valor puesto en relación y relativizando al hombre con relación a los otros.

Me parece que hay dentro de este relativismo, dentro de esta relativización de los valores, dentro del sincretismo, la religiosidad, en los excesos que yo mencioné antes, musicales, deportivos, consumidores en diversos órdenes, hay algo que no es forzosamente consciente, y no sé si puedo hablar aquí de un inconsciente colectivo, pero me parece que forma parte de las jóvenes generaciones, hay aquí algo que hace a la cultura, que no proyecta más la alegría en lo distante, pero que de algún modo repatria dicha alegría aquí y ahora. Creo que esa repatriación de la alegría, lo que llamo el presentismo, me parece que es el sentimiento más fuerte. Uno no sabe si hay mundos anteriores, en el terreno religioso o político, lo que sí hay ahora es un mundo, y un mundo a vivir con otros.

Termino: esto ha hecho cultura. El "Cuatrocientos italiano", el Renacimiento europeo en general, descansaba exactamente sobre este tipo de valores. Entonces y, después de todo, uno puede imaginar que ese presenteísmo haga cultura también en nuestros días. Por mi parte, veo en él, el carácter esencial de la posmodernidad.

El fin del mundo, lo repito muy seguido, no es el fin del mundo, pienso que sólo es si se es capaz de aceptar la posibilidad de apreciar, en el sentido etimológico del término, para poder evaluar más justamente a una sociedad en gestación, sociedad que la juventud actual representa muy bien. Les agradezco mucho. 🌐

El fin del mundo, lo repito muy seguido, no es el fin del mundo, pienso que sólo es si se es capaz de aceptar la posibilidad de apreciar, en el sentido etimológico del termino, para poder evaluar más justamente a una sociedad en gestación